

Literatura coreana

JAVIER CORTINES*

La literatura coreana, al igual que toda corriente de pensamiento y manifestación artística que ha marcado la historia del Extremo Oriente, fue hija de la civilización china. El Imperio del Centro (Chung Kuo) fue para Corea, Japón, Vietnam, etc., un modelo de perfección. China fue para los orientales lo que la Grecia antigua y Egipto representaron para los occidentales. Casi todos los países de Asia se enriquecieron y bebieron de la fascinante cultura china, tan antigua como la egipcia y la babilónica. Con el transcurrir de los siglos cada pueblo fue adoptando su propia personalidad y, al igual que Francia, Inglaterra o España, Corea, conocida también como el Reino de Choson, acabó desarrollando una cultura autóctona de gran empuje y rasgos muy definidos que cada vez tiene mayor presencia en la escena internacional.

Antes de entrar en materia, es necesario subrayar que en la China antigua y por extensión en su zona de influencia, la literatura no se consideraba un género mayor, sino más bien un pasatiempo de mujeres de la nobleza y cortesanas ociosas. Se valoraban por encima de todo la filosofía, la poesía, la música y la caligrafía, así como el tiro con arco y la equitación. Confucio (siglo VI a.C.) dejó claro que el hombre, además de dominar el conocimiento de los clásicos, debía ejercitarse en la conducción de caballos y en la arquería. Parece ser que la máxima latina *mens sana in corpore sano* fue también una aspiración del sabio chino.

No es de extrañar que la primera novela que se conoce en Japón, para algunos obra indiscutible de la literatura universal, sea el *Genji Mo-*

* Javier Cortines es escritor y periodista. Entre 1985-1990 trabajó como corresponsal de la Agencia EFE en Seúl e hizo numerosos viajes por ese país. Fruto de esa experiencia fue su primera novela histórica *Bajo la Piel del Dragón*, cuya trama se desarrolla en la Corea de finales del siglo XVI. En 2006 co-tradujo con Na Song Joo la primera novela moderna de Corea, *El Sueño de las Nueve Nubes* de Kim Manjung. Es profesor del CECO y experto en Cultura, Civilización y Religión Islámica (UNED, 2007). Actualmente vive en Seúl y prepara la co-traducción de la segunda novela de Kim Manjung, *El Viaje al Sur de la Señora Sa*.

nogatari o “La novela de Genji”, atribuida a la escritora Murasaki Kibuki (siglo XI). Esta novela trata de las aventuras amorosas del Príncipe Genji y supone un refinado retrato del Japón imperial Heian-Kyo.

Es necesario subrayar también que la poesía y la pintura se enriquecían con la caligrafía, a modo de simbiosis natural, para alcanzar la perfección según los cánones establecidos y entroncar con lo sublime. La belleza de la caligrafía era el reflejo de un alma elevada y un espíritu profundo.

El Reino Ermitaño, otro nombre por el que se conoce Corea por su “aislamiento del mundo exterior”, fue fundado, según las leyendas, por un personaje mítico llamado Tangún en el año 2333 antes de Cristo. Este héroe, una especie de Prometeo a la oriental pero sin su trágico destino, fue producto de la unión carnal entre el dios Hwanun¹, quien descendió a la Tierra para transmitir el conocimiento a los mortales, y de una osa que se transformó en una bella mujer. Tangún gobernó durante siglos hasta que un día ascendió a los cielos y se convirtió en el Espíritu de la Montaña, representado por un anciano con largas barbas blancas que acaricia a su Criado, el Tigre, animal con el que se identifica el pueblo llano de Corea y es el protagonista de numerosos cuentos y leyendas de ese fascinante país. No olvidemos que en los Juegos Olímpicos de 1988, Seúl se presentó al mundo con una mascota de tigre llamada “Hodori”.

La leyenda de Tangún, junto a las creencias animistas que se extendían por Corea hace miles de años, son claves para entender la primigenia literatura y arte coreanos, ya que dentro de cualquier árbol habitará un espíritu protector de la aldea, un dios en cada río, un duende en cada roca y, siempre, en las espesas cumbres de los montes, descansará vigilante Tangún acariciando al tigre, fiera que matará a los que violen las leyes divinas o protegerá a los que cumplan con los preceptos del cielo. Junto a las leyendas populares, transmitidas de boca en boca y de generación en generación, cobrarán vital importancia las sacerdotisas shamanistas que, a modo del oráculo de Delfos, leerán el destino de hombres y dioses. Todas esas historias se contarán en la edad media por juglares que harán las delicias del pueblo.

Volvamos otra vez a China antes de pasar a Corea. Los autores clásicos chinos eran en Extremo Oriente lo mismo que para nosotros fue-

¹ Hijo de Hwanin, creador del Universo.

ron y son Homero, Platón, Aristóteles, Dante, Shakespeare, Cervantes, etc. Entre los clásicos chinos que es obligatorio mencionar, citaremos: *El Libro de Medicina*, del Emperador Amarillo; *El Tao Te King*, de Lao Tsé; *Los Anales de Primavera y Otoño*, de Confucio; *el I Ching* o *Libro de las Mutaciones*; *La Historia de los Tres Reinos*; *A la Orilla del Agua*; *El Viaje al Oeste* y *El Sueño de las Mansiones Rojas*. Estas obras monumentales, junto a una lista interminable de renombrados poetas, entre los que destacan Li Bai y Wang Wei, unido a las corrientes filosóficas del budismo, taoísmo y confucionismo, serán una constante fuente de inspiración para los artistas, poetas y escritores coreanos.

En Corea además, y aquí se distingue de todos los países del mundo, es necesario hablar de un antes y un después en su historia. Gracias al Rey Sejong (siglo XV) se produce un milagro sin precedentes en la evolución de la humanidad: la creación de un alfabeto artificial: “el hangul”, cuyo objetivo es democratizar la cultura y hacerla accesible a las clases populares. El Rey Sejong, a quien algunos comparan con Alfonso X el Sabio, unió a las mentes más preclaras de su época con la misión de que crearan en la propia biblioteca de su palacio un nuevo alfabeto que simplificara los difícilísimos caracteres chinos que sólo dominaban las clases cultas de la sociedad y los poderosos. Con la creación del “hangul”, en 1443, Corea da un paso de gigante para proteger su soberanía cultural frente a la influencia china y desmarcarse del Imperio del Centro. Se puede decir que con la invención del “hangul”, durante la dinastía Choson, se inició la verdadera literatura coreana.

Sin embargo, la inercia de escribir en chino durará varios siglos más hasta que, con la colonización japonesa (1910-1945), el pueblo coreano se rompe, desgarrado, busca su propia identidad y grita al Cielo que ha dejado de ser el Reino Ermitaño. Que su historia y cultura tienen nombre propio. Que pronto se abrirá la caja de Pandora en la península coreana y que el mundo tendrá que girar hacia ella porque es una pieza clave del fascinante rompecabezas del Extremo Oriente. Vendrán décadas de desolación y dolor, rabia y heridas abiertas con la guerra coreana (1950-1953) que destrozará a miles de familias y dejará heridos, muertos y mutilados a ambos lados del paralelo 38.

Tras esta breve introducción, voy a referirme sin preámbulos a una obra magnífica que fue y es un referente de la compleja y rica cultura

coreana: *La Historia de los Tres Reinos*, del monje budista Ilyon (siglo XIII). Ilyon no sólo se limita a hacer una cronología, con ese toque oriental que mezcla lo mágico con lo real, de los monarcas que gobernaron en los Reinos de Sil-la, Koguryo y Paekche, sino que nos narra con un estilo delicioso leyendas ancestrales, fantásticas y míticas que ahondan en lo más profundo del pueblo coreano. Aquí es necesario recordar que Sil-la (57 A.C.-935) conquistó los otros dos reinos que conformaban la península de Corea, a Paekche en 660 y a Koguryo en 668, iniciando un periodo que suele recibir el nombre de Sil-la unificada.

Aún más, profundiza en el inconsciente colectivo y a modo de un Freud adelantado, Ilyon nos introduce de una forma plástica y depurada en los recovecos más escondidos del alma tanto masculina como femenina. Es una obra de obligada lectura que nos ofrece las claves esenciales para comprender al País de la Calma Matutina, otro nombre con el que se conocía a Corea por sus tranquilos y bellos amaneceres que inspiraron durante siglos a los poetas. En uno de sus pasajes, que me parece un ejemplo perfecto para dar una idea de su obra, nos cuenta Ilyon en boca de una Reina de Sil-la:

Los sapos en el estanque de la Puerta de Jade parecían soldados, y la Puerta de Jade se refiere a los genitales femeninos (también similares a los valles). El color de la mujer es el blanco que también es el color simbólico del oeste, así supe que los invasores vendrían del oeste (Paekche). Si el órgano masculino entra en el femenino, aquél seguramente morirá (pierde su erección después del orgasmo), así supe que sería fácil derrotar al enemigo.

Ilyon es, a mi juicio, uno de los precursores de la literatura con características coreanas y una auténtica mina para quien quiera beber del agua fresca de las primeras fuentes. Este sabio budista, como otros muchos genios coreanos, debería ocupar un lugar destacado en la historia universal. Sobre todo, ahora que empezamos a poner los primeros ladrillos de la aldea global.

Ahora volvamos al “hangul”. Con la invención de este alfabeto, aparecen dos nuevos géneros literarios en Corea: Shijo y Kasa. El Shijo es una poesía escrita en tres versos; el primero y el segundo tienen catorce sílabas y el tercero quince. El Kasa es un género que está entre el verso y la prosa y no es tan riguroso como el Shijo. Estos versos serán de carácter intimista y cantarán la armonía entre el hombre y la naturaleza. Habrá también temas amorosos o pastorales.

Aquí es necesario hablar de las *kisaeng* (el equivalente a las geishas japonesas) en su sentido original y más puro. Las *kisaeng*, jóvenes elegidas por su belleza y dotes artísticas, fueron una institución histórica y cultural que fue creada a finales de la dinastía Silla o principios de Koryo (935-1394). Estas mujeres, educadas en escuelas llamadas “Gyo-band”, recibían un exquisito entrenamiento durante el cual aprendían música, danza y poesía. La mayoría de ellas procedían de las clases más bajas, *cheonmin*, pero una vez concluidos sus estudios llevaban un tipo de vida semejante a la clase alta y se codeaban con la aristocracia.

Las *kisaeng* eran muy cultas, lo que en un mundo que excluía a las mujeres de la educación, supuso un punto y aparte. Algunas se hicieron famosas en todo el reino por su dominio de la poesía y música clásica, así como de la danza de la espada. Más de una vez se levantaron santuarios para conmemorar a una *kisaeng* tras su muerte y, según crónicas históricas, sabios, poetas, eruditos y nobles hacían peregrinación a esos ‘santos lugares’ para depositar flores o llorar su partida.

Recientemente una importante cadena surcoreana emitió una novela sobre Hwang Jin-Yi, una *kisaeng* famosa del periodo de Choson, cuyos poemas fueron admirados en toda la nación. Hwang-Ji se destacó en la composición del Shijo. Uno de sus versos más conocidos es:

*Recorto la mitad de la noche larga de invierno
La guardo bajo mi cobija de primavera
En la noche que venga mi amor la desplegaré.*

Un magnífico retrato de gran belleza y color sobre las *kisaeng* lo hace el escritor Kim Manjung (siglo XVII) en su obra *El Sueño de las Nueve Nubes*. Novelas como esa ayudan a borrar de la mente la imagen posterior que se dio de las *kisaeng* como mujeres entrenadas para dar placer sexual, simples prostitutas, una definición simplista que ignora la historia y cultura de Corea.

Dejando atrás este apasionante tema que merece un estudio aparte, es necesario subrayar que los coreanos no siempre fueron contempladores de la naturaleza, tranquilos pescadores de truchas o seres hipnotizados con el aleteo de las mariposas. Todo lo contrario, siempre tuvieron un espíritu rebelde y aceptaban con muy poca resignación la sumisión y la humillación. Por eso motivo aprovecharán las medievales

fiestas de máscaras, sobre todo las celebradas en el pueblo aristocrático de Hahoe con ocasión de la llegada de la primavera, para escenificar agresivas y cómicas obras de teatro en las que se criticarán los abusos de las clases dominantes, las costumbres relajadas del clero (en aquella época se hablaba de orgías entre monjes budistas y *kisaeng* alocadas) y la explotación de los campesinos. Estas mascaradas que se celebran en la Edad Media, e incluso antes, son a veces auténticos desafíos para la Corte y la nobleza, una auténtica catarsis colectiva de los desposeídos y humillados.

Es necesario destacar que Hahoe estaba cerca de la floreciente y culta ciudad de Andong, donde había varias academias de prestigio nacional en las que se impartían una enseñanza multidisciplinar. Además de literatura, poesía y música, se estudiaba también a los grandes filósofos coreanos como Toege, pensador racionalista comparado a veces con Descartes, y Tasan, un referente de fusión de las diferentes corrientes filosóficas que confluían en el reino de Choson. Un sabio que supo profundizar, además, en el alma esencialmente coreana.

Hahoe era un pueblo-residencia de los *yanbang* (la nobleza). No lejos de las mansiones de los nobles había numerosas casuchas de campesinos, seres humildes que aprovechaban las mascaradas, época del año en la que se permitía todo, para arrojar su odio a través de danzas, canciones, versos vitriólicos y representaciones teatrales contra las clases dominantes.

A pesar de que el alfabeto *hangul* cada día cala más en el pueblo, a los intelectuales les cuesta liberarse del pensamiento sinocentrista. En el siglo XVII, Kim Manjung escribe en chino la que es considerada la primera novela moderna de Corea, *El Sueño de las Nueve Nubes*, con la que consigue un alto reconocimiento en su país y en el Imperio del Centro. Kim Manjung, ministro de amplia cultura ecléctica, escribe una segunda obra, *El Viaje al Sur de la Señora Sa*, crítica velada al Emperador que le valdría el destierro, donde moriría pocos años más tarde. Kim Manjung, considerado un miembro destacado de la llamada “Burocacia Celeste”² era un gran conocedor de la cultura e historia chinas, pero pertenecía a una línea crítica y rebelde de pensadores que incomodaba a los poderosos y miembros de la Corte.

² Los que sacaban los primeros puestos en los difícilísimos exámenes estatales.

A pesar del éxito que tuvo con su magnífica y elegante obra, sobre todo entre las clases cultas y refinadas, no logró penetrar tanto en el corazón del pueblo llano como Ho Kyun (1569-1618), hijo ilegítimo de un noble que escribió la primera novela en *hangul*: *La historia de Hong Kiltong*³. Este libro narra la vida de un héroe legendario que desafía al poder dominante y se propone castigar a los funcionarios corruptos. Su autor, traducido a numerosas lenguas, incluido el español, se atrevió a prescindir del chino y poner su literatura al servicio del pueblo. Desde muy pronto gozó de una gran popularidad, aunque su obra no tiene el nivel literario de *El Sueño de las Nueve Nubes*. Su héroe está cerca de los pobres y nada mejor para llegar a ellos que utilizar el *hangul*. Ho Kyun, poeta que amaba el vino, se vio envuelto en una conspiración y fue decapitado.

Si Kim Manjung, de pluma refinadísima y textos que emanan música y poesía, supone una de las cumbres de la literatura asiática, que rivaliza con los grandes autores chinos, Ho Kyun inaugura la novela en *hangul*, pero también una tendencia de rebelión en la literatura coreana que tiene su máxima expresión en el siglo XX. El protagonista de su novela, Hong Kiltong, es el eterno rebelde que lucha contra la injusticia y busca la felicidad en la utopía.

A partir de Kim Manjung y Ho Kyun quedan marcadas en Corea dos tendencias que se alternarán durante los dos siglos siguientes. Los autores que seguían escribiendo en chino se enorgullecían de expresarse en una lengua culta, como el latín o el griego, pero muchas veces sus obras sólo podían ser admiradas por las clases altas y educadas. Con el *hangul* las cosas cambian radicalmente: las mujeres y los más desfavorecidos, el campesinado y la clase obrera, pueden ya escribir en coreano y leer obras escritas en esa lengua tan sencilla. Se puede decir que el *hangul* se convirtió en el sistema de escritura de más éxito durante el siglo XIX. Poco a poco la popularidad del coreano se dispara y en los albores del siglo XX la literatura en *hangul* se impone con fuerza y definitivamente.

Hay tres tragedias fundamentales que ocupan la mente de los escritores, intelectuales y poetas coreanos del siglo XX: la ocupación japonesa (1910-1945); la guerra fratricida entre Corea del Norte y Corea del

³ Ho Kyun, *La historia de Hong Kiltong*, traducción al español, Verbum (2006).

Sur (1950-1953) y la violencia de las dictaduras militares que concluye en un levantamiento popular en la década de los ochenta. Durante una revuelta histórica, el general Chun Doo-hwan se ve obligado a huir en helicóptero ante el avance de las masas que están dispuestas a prender fuego al palacio presidencial y refugiarse en un templo budista, donde se afeita la cabeza y dice que ha encontrado la iluminación.

Hay tres poetas coreanos clave en el siglo pasado: Yun Tong-Ju (1917-45), héroe de guerra y activista contra la ocupación japonesa, quien nos dejó títulos como *Cielo, viento, estrellas y poesía*⁴, que tuvieron una gran acogida de la crítica; Yi Sang (1910-37), considerado como el Rimbaud coreano, con obras como *A vista de cuervo y otros poemas. Poesía completa*⁵, destaca por su sensibilidad y hondura como una de las voces más originales de su país.

El único poeta vivo de estos tres es Ko Un, quien ha sido traducido a las principales lenguas y ha sido propuesto al Premio Nobel de Literatura en varias ocasiones. Ko Un también figuró en 2007 entre los candidato al Premio de las Letras Príncipe de Asturias. En 1999 se tradujo su primer libro al español, *Fuente en llamas* (Colegio de México) y ahora Verbum acaba de lanzar *Diez mil vidas*, en el que recupera mensajes, a veces suspiros taoístas, de la tradición oriental.

La poesía coreana publicada hasta el presente está teniendo una buena acogida, no sólo porque ofrece textos exóticos que están de moda, y con ello me refiero a las corrientes budistas y taoístas, sino porque también hacen hincapié en temas universales como el amor, el compromiso social, así como en la soledad, angustia, opresión y desgarramiento del individuo en un mundo que no acaba de convencer, que no acaba de mostrar su rostro humano.

Veamos ahora un poema de Han Yung Un (1879-1944), poeta y maestro budista que fue un tenaz independentista y murió sin ver el fin de la ocupación japonesa.

PROPORCIÓN INVERSA

¿Tu voz es el silencio?

⁴ Yu Tong-Ju, *Cielo, viento, estrellas y poesía*, traducción al español, Verbum (2000).

⁵ Yi Sang, *A vista de cuervo y otros poemas. Poesía Completa*, Verbum (2003).

*Cuando no cantas, se oyen claramente tus canciones
Tu voz es el silencio*

*¿Tu rostro es la oscuridad?
Cuando cierro tus ojos, se ve claramente tu rostro
Tu rostro es la oscuridad*

*¿Tu sombra es la iluminación?
Tu sombra se refleja en la ventana oscura después de ponerse la luna.
Tu sombra es la Iluminación.⁶*

Ahora deleitémonos con otro poema de Yi Sang. Este autor fue considerado uno de los máximos exponentes de la vanguardia coreana. Es la figura más controvertida y valorada de la literatura moderna de Corea.

ESPEJO

*No hay sonido en el espejo
No habrá otro mundo tan callado como éste*

*Mis orejas están en el espejo
Y no me oyen, lamentablemente*

*Soy zurdo en el espejo,
por eso no sabe cómo darme la mano*

*A causa del espejo no puedo tocar al yo del espejo
Sin embargo, si no hubiera espejo, no podría encontrar el yo del espejo*

*Ahora no tengo espejo, siempre vivo en el espejo
Aunque no sé muy bien lo que está haciendo,
Lo imagino entregado a cosas solitarias.*

⁶ Han Yung Un, *Su Silencio*, Verbum (2002), p. 90.

*Aunque el yo del espejo es opuesto al yo verdadero,
 Uno y otro se parecen mucho
 Es lamentable que no pueda examinarme en el espejo
 Aunque estoy preocupado por el yo del espejo.*

Y por último repasemos un hermoso poema de Yun Tong-Ju (1917-1945). Este genial autor, que muere en prisión por su resistencia a la ocupación japonesa, escribió una poesía llena de lirismo, reflexiva, serena e intimista.

LA ROSA ENFERMA

*Nadie quiere
 a la rosa enferma.*

*¿Acaso la enviaré al monte,
 montada en el candencioso penar de la carretera?
 ¿La enviaré al océano
 montada en el bufido triste del barco?
 ¿La mandaré al espacio
 montada en las estrepitosas alas del avión?*

*Déjalo
 Déjalo todo así*

*Y antes de que mi pequeño despierte,
 entiérrala en mi pecho.*

En el siglo XX la literatura coreana pasa por dos periodos muy definidos. En el primero, que llega hasta la década de los ochenta, los escritores se centran en dos temas persistentes: la partición de la península que se produjo tras la liberación del país y la sangrienta guerra fratricida que separa a lo largo del paralelo 38 a decenas de miles de familias.

Estos acontecimientos, más la profunda herida dejada por Japón con castigos, muertes y torturas, la prohibición de utilizar el *hangul* en las escuelas y la inhumana utilización de las llamadas esclavas sexuales, entre otros horrores, dejan una huella profunda en la sociedad coreana

que se refleja en todos los aspectos de la vida social. La literatura sobre la Guerra de Corea, corriente central de la década de los cincuenta, ahonda en los desastrosos resultados de la conflagración, la pérdida de valores humanos, el derrumbe de la ética y la destrucción o mutilación de la vida privada. A todo esto hay que unir la serie de dictaduras militares que gobernaron en Corea hasta finales de la década de los ochenta, lo que condujo a una política opresiva en todos los órdenes, en el político, el económico y el social.

Se podría decir que, en el terreno de la creación literaria, tanto Corea como España presentan grandes similitudes. En ambos países han proliferado los libros de historia y novelas sobre la Guerra Civil. También han sufrido una dictadura militar que originó “el esplendor de una literatura de denuncia y reivindicación democrática”. Ambas guerras representaron un choque de ideologías contrarias. Con la destrucción y el dolor los intelectuales profundizan asimismo en la trágica situación del mundo. Y, también en ambos países, con la caída de las dictaduras y el despegue económico se produce un fenómeno similar –y con esto me refiero al segundo periodo: empieza a proliferar una literatura individualista, egocéntrica, una literatura del desencanto y la desconfianza hacia la política y hacia las instituciones en general.

El célebre escritor Lee Je-Ha, nacido en 1937, es un ejemplo vivo de estas dos corrientes. De su combinación en un solo autor. En dos apasionantes relatos, *El Perro Amarillo* y *El Régimen Vegetariano*, profundiza sobre el vacío y desplome ético que ha producido la guerra entre los coreanos y las falsas promesas electorales que hacen los políticos pocos meses antes de medir sus fuerzas ante las urnas, respectivamente.

En *El Perro Amarillo*, un joven cuenta sus experiencias físicas y mentales en el campo de batalla y su indecisión cuando encuentra a una soldado norcoreana yaciendo en el suelo. No sabe si hacer el amor con ella (la joven le está sonriendo) o matarla porque es el enemigo. Al final descarga varias balas en el cuerpo y continúa su historia de horror y vacío. Cuando termina la guerra y llega a Corea del Sur, ha perdido la capacidad de amar, sólo el vacío, el alcohol y una irresistible atracción por el suicidio y la muerte le empujan como una mano letal y fatal.

Su otro relato, *El Régimen Vegetariano*, es una parodia sobre las elecciones presidenciales, sobre la estupidez humana, sobre la ingenuidad de los que todavía tienen esperanzas y sobre la ambición y falsedad de

los políticos. El protagonista de esta obra es un vendedor de bloques de hielo que decide presentarse a las elecciones de su provincia como candidato independiente y en sus discursos grita de memoria párrafos de la Biblia. Su discurso favorito lo saca del Libro de Daniel. Para atraer a la gente vocifera: “Podrán echarme a los leones, meterme en un horno... pero yo permaneceré impassible porque sé que nada me hará cambiar y cumpliré mis promesas”. Lee Je-Ha, un auténtico best-seller en su país que ha sido traducido al francés, enfatiza entre ironías, bromas y amargura, que los políticos “acaban prometiendo hasta la Luna” y que el desengañado pueblo, que vuelve a animarse un poco antes de las elecciones, vuelve a caer en el anonimato y el olvido cuando se quitan los carteles de las paredes. *El Régimen Vegetariano* es sólo un ejemplo de una literatura de la decepción que refleja el estado de ánimo de la sociedad surcoreana.

Para los jóvenes coreanos que viven en la novena potencia económica del mundo, Corea del Norte no es más que una tierra distante, un páramo, un lugar extraño gobernado por fantasmas. Atrás quedaron los años en los que yo vivía en Seúl como corresponsal de la agencia EFE (1985-1990) y no había semana sin manifestaciones de estudiantes, obreros, monjes budistas y amas de casa en las que se clamaba justicia, libertad y la reunificación con “los hermanos del Norte”, y la consiguiente batalla campal con fuerzas del ejército y de la policía, que disolvían las protestas arrojando los gases lacrimógenos más fuertes del mundo importados de un país latinoamericano.

“Yo no experimenté la guerra. No tengo ninguna experiencia con el Norte. Aunque el Norte está cerca, es más lejano que lugares como Japón. Me gusta la ficción. Creo que no hay frescura en la literatura coreana”, dijo recientemente a la radio coreana Shin Kyoung-sook, de 40 años, una de las autoras de best-sellers de Corea del Sur.

Sin embargo, los veteranos como Lee Ho-chul, de 70 años, califican de frívolos e individualistas a los nuevos cachorros de la literatura, en especial, en estos tiempos en los que Corea del Norte juega al gato y al ratón con el asunto de las armas nucleares. “Pienso que son cortos de vista. No leen mucho. Necesitan estudiar más, ver más lejos. Suelen ignorar lo que es importante”, piensa Lee, escritor que combatió en la guerra con las fuerzas comunistas del Norte y fue capturado por el Sur en 1950. Establecido en Seúl, escribe: “Conozco muy bien el sistema co-

munista del Norte. He tenido la experiencia de vivir en una sociedad muy rígida”. En su novela más reciente, *Los del Sur; los del Norte*⁷, examina los marcados contrastes que hay entre las dos Coreas. “Aquí en el Sur, la sociedad se ha fundido con la modernidad. Sin embargo, la sociedad del Norte se ha detenido. Está congelada. Sin cambios”, subraya Lee, galardonado en 1996 con el Premio Literario Daesan, el más prestigioso de Corea del Sur.

Otro veterano, Hwang Sok-Young, de 60 años, no es tan crítico con la nueva generación de escritores y piensa que hay que hacer una pausa histórica para ver el rumbo y el desarrollo que toman. Para Hwang, ganador también del Premio Literario Daesang y que se va configurando como el principal candidato coreano al Premio Nobel, Corea del Norte es una obsesión permanente. Su última novela, *El Invitado*, criticada por la derecha y la izquierda, se desarrolla en un pequeño pueblo en el que se produce el choque de ideologías. El marxismo es descrito a través de un ritual shamánico, llamado la ceremonia del invitado (los anfitriones son los capitalistas) que está lleno de alegorías. Hwang piensa, lo que le ha originado muchos detractores y seguidores, que “las cuestiones ideológicas han pasado ya. Que ha llegado la hora de resolver los problemas”.

Como vemos coexisten las dos generaciones de escritores, aunque hay que reconocer que los escritores jóvenes se están imponiendo cada vez con más fuerza y buscan una nueva identidad que rompa con el pasado y atrapa parcelas del futuro.

Yo creo que Corea del Norte seguirá siendo por mucho tiempo, a pesar de las modas, un tema recurrente de la literatura coreana. Y no digamos cuándo los doscientos kilómetros de alambras sean barridas por la ley de gravedad de la historia. La fusión del Norte y el Sur, hecho que sin duda acontecerá en el momento más inesperado, hará que broten con fuerza las llamas de la literatura del volcán coreano, ahora a medias apagado por la congelación del Norte, país donde sólo se leen los “dos mil libros” escritos por Kim Jong Il, algo de literatura rusa y china, y algunos clásicos del marxismo.

Hay otros aspectos importantes que es digno destacar en la literatura coreana del siglo XX y comienzos del XXI. Uno sería “la recuperación de la memoria histórica” a través de novelas que revisan o dan un

⁷ Lee Ho-chul, *Los del Sur; los del Norte*, Verbum (2007).

toque literario a acontecimientos importantes que marcaron o torcieron el devenir del país. En este sentido, el Instituto para la Traducción de la Literatura Coreana (KLTI), con el que he colaborado en varias ocasiones (he sido co-traductor, junto al profesor Na Song-jo, de *El Sueño de las Nueve Nubes*, de Kim Manjung) está haciendo una labor descomunal para dar a conocer la literatura coreana en las lenguas más importantes del mundo.

Respecto a la novela histórica es preciso destacar *El Canto de la Espada*, del escritor Kim Hoo. La obra describe la vida y penalidades del Almirante coreano I Sun Sin, considerado el principal héroe de la historia de Corea. I Sun Sin no sólo obtuvo sonadas victorias navales contra los japoneses en su lucha contra la invasión de Hideyoshi (1592-1598) sino que tuvo la genialidad, lo que se desconoce en Occidente, de construir el primer barco acorazado de la historia, llamado el *kobukson* (barco tortuga). Kim Hoo desmitifica las relaciones entre el Almirante y el Rey Sonjo, monarca que aparece en la obra como un ser limitado, incapaz de comprender, hasta que no le queda más remedio, que debe acudir a I Sun Sin, a quien había degradado, para hacer frente a la barbarie japonesa. Kim, que está consiguiendo un gran éxito con su novela, se introduce en la mente de I Sun Sin y bucea en sus dudas. La obra está basada en documentos históricos y el autor, para encontrar inspiración, se refugió varios meses en un pueblo de mar, para sentir el mar, para conocer el mar, para entrar a través del mar en el alma del Almirante.

En la Corea moderna además de escribirse libros como el de Kim Hoo –fenómeno que ocurre en casi todo el mundo–, en las últimas décadas se han publicado voluminosas novelas históricas, trilogías, tetralogías, etc. A diferencia de las basadas en hechos antiguos, “los autores voluminosos” parten de problemas actuales y, en segundo lugar, enfocan la historia desde la óptica del pueblo. Un refrán oriental dice que “los ricos y los pobres no sólo no ven las cosas de la misma manera, sino que comen, piensan y sueñan en dos mundos distintos”.

A estos escritores les interesa el punto de vista de los de abajo, de los excluidos y marginados. De los eternamente perdedores. Como dice la canción, y aquí viene al caso, “en un mundo perfecto siempre habrá perdedores que sin fe llamarán a las puertas del cielo”. Esos perdedores de la canción serán muchas veces los protagonistas de la historia de la postguerra.

La industrialización de Corea no sólo trajo riqueza y bienestar, también produjo decenas de miles de víctimas obreras que, trabajando a marchas forzadas, murieron en trágicos accidentes durante la construcción de túneles, puentes, trenes, etc. Recuerdo que un día paseando por una zona residencial de Seúl me encontré con una placa a la entrada de un túnel en la que se decía algo así: “en homenaje a los cincuenta obreros que murieron excavando esta obra”. Y no fue la única placa que vi en mis viajes por Corea.

La rápida industrialización del país realizada sin tecnología, capital y experiencia se apoyó en la explotación de mano de obra barata, principalmente campesinos y obreros que fueron empujados a construir la Gran Corea por la omnipotente y omnipresente dictadura militar. La consecuencia fue una urbanización caótica y apresurada que dejaba en la cuneta a los más débiles y empezaba a llenar los bolsillos de los nuevos ricos. Este fenómeno toca como una lanza el corazón de escritores sensibles que centran su obra en los marginados, las víctimas del progreso sin escrúpulos, los desarraigados y las condiciones miserables de los obreros en las fábricas y en las fábricas-dormitorio.

Se produce una fusión entre los escritores de vanguardia y los campesinos y, ya en la década de los ochenta cuando cae la dictadura de Chon Doo Hwan, los obreros toman conciencia de las condiciones inhumanas de sus lugares de trabajo y de su identidad como clase social. Alzan la voz, se rebelan, se manifiestan y denuncia con rabia y odio contenido la explotación capitalista. Una gran parte de la población que sólo veía el progreso se acerca al horror de los explotados y a ello contribuyen una larga lista de escritores.

En esos tiempos revueltos, los escritores introducen técnicas modernistas en la literatura y la poesía se convierte en el estandarte más poderoso de la literatura obrera de la década de los ochenta. Estos contrastes entre la existencia miserable del pueblo llano y la vida de lujo de los grandes empresarios, considerados un tiempo en el que las críticas brillaban por su ausencia, como los nuevos dioses, como los conquistadores que llegaron a las costas de la fortuna montados a caballo, quedan reflejados en numerosos libros y poemas que invitan, por lo menos, a la reflexión.

Digno de mencionar, entre otros muchos, es *La Casona de los Patios*, de Kim Won-il (nacido en 1942, durante la ocupación japonesa). Esta

obra retrata la vida de la postguerra coreana y confronta la holgada vida de *Los Señores del Dinero* y la existencia miserable de una parte importante del pueblo, pero todos unidos por un mismo destino histórico.

Pero la literatura más reciente, ahora que se han ganado algunas batallas en la lucha de clases y los obreros, ha conquistado sus derechos y sabe como defenderlos, se centra en problemas existenciales, filosóficos. Parece que los coreanos vuelven a hacerse las tres preguntas del ágora ateniense: ¿quiénes somos? ¿de dónde venimos? y ¿a dónde vamos?, todo ello unido a un sentimiento de soledad, amargura, desconsuelo y caminar sin referencias sólidas. La democracia tiene muchas ventajas, pero en la cara opuesta están el egoísmo y el individualismo.

Uno de los representantes de esta tendencia es el escritor Cho Kyou Nam, quien en su obra *En Busca del Elefante* insiste con un delicado estilo literario en la búsqueda existencial del ser. Esta obra habla de aquellos que no siguen el comportamiento general y viven en auténticas islas. Sus personajes son marginales de uno u otro modo, viven en profunda soledad y a menudo frustrados. No tienen éxito en el amor ni se sienten salvados por la familia.

Creo que también es necesario dedicar unas palabras a la literatura infantil contemporánea, ya que hay verdaderas joyas en ese sentido. El libro de cuentos *Monsil* del escritor Cheng-Seng Kwon, vertido al castellano por Ediciones del Ermitaño, es una de las creaciones para niños más apreciadas en Corea. *Monsil* es un cuento largo que fue producido como telenovela con mucho éxito. Relata la historia de una niña que queda huérfana después de la guerra y que, a pesar de la pobreza e injusticia, nunca alberga en su corazón rencor ni venganza, sino amor por su prójimo.

Por último, deseo enfatizar la importancia que tiene en estos días la literatura de escritores coreanos que viven en el extranjero. Debido a la guerra coreana y a los difíciles años de postguerra, muchas familias coreanas tuvieron que “exiliarse” o buscar una vida mejor, para huir de la pobreza en la que se había hundido el país, en otros lugares, especialmente Estados Unidos.

Como ejemplo de esta corriente es digno de mención el escritor Chang-Rae Lee (Seúl, 1965), quien a los dos años se fue a vivir con sus padres a EE.UU. Tras concluir sus estudios en Yale y en la Universidad de Oregón, publica su primera novela, *En lengua materna*, con lo que